

¡Hollywood, allá vamos!

Miami.

Durante una visita casual a la oficina de Luis Jiménez, gerente de Universal Pictures, vi un folleto muy vistoso sobre las atracciones de Ciudad Universal en Los Ángeles, California. Me impactaron tanto unas fotografías de los estudios donde filmaban las películas, que le mencioné a Luis la posibilidad de hacer más adelante uno de mis programas desde Hollywood. Jiménez, muy amablemente me ofreció hacer una carta de presentación, si en efecto viajaba a Estados Unidos.

Salí de su oficina tan obsesionado con el tema que me propuse sacar adelante la idea. Arturo Berg de Warner Brothers y Jaime Dávila de Columbia Pictures también me prometieron cartas de recomendación.

Posteriormente, mientras grababa Gira el disco, avanza el cine, le ofrecí al operador de audio Gilberto Fonseca, pagarle el pasaje si me acompañaba a Hollywood. Gilberto, que tenía algunos pesos ahorrados, decidió posponer su matrimonio y se integró al proyecto.

Luego, logré convencer a Jaime Llano, gerente de Aerocóndor, para que nos diera dos tiquetes Bogotá-Miami-Bogotá, en canje por propaganda dentro del programa. Pensaba que ya en Miami era muy fácil hacer lo mismo con la empresa de buses Greyhound para el trayecto hasta Los Ángeles.

En cuestión de semanas estábamos en el aeropuerto Eldorado. A mis padres les dije que había sido invitado para conocer Hollywood. Mi madre lloró un poco más que el día que me dejó en la Escuela Militar años atrás y me volvió a dar más de cincuenta bendiciones; toda mi familia vino a despedirme desde Chocontá y se notaba lo orgullosos que se sentían de mis logros; mi hermano John me dijo que mi programa en Emisoras Monserrate se oía perfectamente en Chocontá y que lo estaban amplificando en la droguería de los Rodríguez y en el restaurante Roxy.

La familia de Gilberto Fonseca también salió a despedirlo y cuando entrábamos a emigración escuché largos gemidos y llanto, como si se tratara de un funeral.

Yo llevaba cerca de trescientos dólares y en la misma maleta que usé para transportar carne empaqué las cartas de presentación para visitar los estudios de cine. Despegamos el jueves 8 de agosto de 1968, a las nueve de la mañana.

En el aeropuerto de Miami, el oficial de inmigración me preguntó mi domicilio en Estados Unidos a lo que respondí:

—Hotel Di Lido, en Miami Beach.

Fue lo primero que se me vino a la mente; lo había visto en anuncios publicados en la sección internacional del periódico El Tiempo y me pareció buena idea registrarnos ahí.

—La tarifa es de setenta y cinco dólares la noche, más impuestos —dijo el recepcionista—. ¿Cuántas noches?

—Tres por favor —afirmé, masticando el poco inglés que sabía y tratando de impresionar a Gilberto que no hablaba absolutamente nada.

—¿Podría tener una entrevista con el gerente del hotel? Dígale que es de parte del periodista de Todelar, Armando Plata —agregué.

El hotel era absolutamente precioso, una verdadera joya del art deco; estaba considerado en el momento como uno de los dos mejores de la ciudad junto al Fontainblue.

Fonseca un poco preocupado me confesó:

—Armando, yo no traje mucha plata, a mí me parece que este hotel es muy caro.

—Fresco, mañana encarretamos al gerente y hacemos un canje.

Ese primer día fue como llegar al cielo: calles amplias, limpias, buses modernos, carros nuevos, edificios bien pintados, poca gente en las calles, sol y mucho orden.

La reunión con los directivos del hotel, dos días después no fue muy productiva: solo logramos que nos dieran un pequeño descuento y un día extra de alojamiento.

Todo nos parecía demasiado costoso y al hacer la conversión de dólares a pesos nos daba angustia porque el dinero se estaba agotando rápidamente; además, teníamos que encontrar otro sitio para dormir.

Tampoco tuvimos éxito cuando fuimos a la terminal de buses de Greyhound a proponer nuestro canje publicitario para continuar hasta Los Ángeles. El administrador de esa empresa nos dio la mala noticia de que los presupuestos de publicidad se destinaban con un año de anterioridad y que debíamos hablar con la oficina central localizada en otro estado. Infructuosamente traté de convencerlo de la gran audiencia de Todelar y *el impacto* de mi programa. Con el rabo entre las piernas, salimos a deambular por las calles de Miami sin ninguna orientación. Hacía un calor infernal: la humedad era tan alta que la ropa se pegaba a la piel y la sensación de bochorno nos produjo chacuana.

Estudiamos con Gilberto varias posibilidades para continuar nuestro plan hasta que concluimos que regresar a Colombia defraudaría a nuestras familias y les causaría más lágrimas que las derramadas cuando nos despidieron en el aeropuerto. Pensamos en trabajar, ¿pero en qué? ¿Lavando platos? ¿Como lustrabotas? ¿Tal vez en un supermercado? Era difícil conseguir empleo sin tener papeles en regla y las pocas oportunidades se las disputaban los cubanos refugiados que día a día llegaban de la isla en condiciones dramáticas... De pronto, el panorama se iluminó: ¡en radio!

En Miami, pocas emisoras transmitían en castellano. Estuvimos en una en la que toda su programación estaba dedicada a hablar contra Fidel Castro, por lo que pensamos que no era el sitio indicado para ofrecer nuestros servicios. Luego, fuimos a la WFAB 990 AM, La Fabulosa, una estación ubicada en Biscayne Boulevard entre las calles 10 y 11, cerca de Venetian Causeway, una avenida que une el centro de la ciudad con Miami Beach.

Nos recibió Omar Merchán, un joven locutor de origen cubano que mostró mucho interés por conocer sobre la radio en Colombia; era el disc-jockey de moda con su programa Los pegaditos, que ocupaba el primer lugar en sintonía. Estuvimos en ese espacio como sus invitados y hablamos sobre la cumbia y otros ritmos de nuestro país; después, lo acompañamos a un estudio donde grabó unas promociones para Sábados Alegres, un programa donde registraba el *hit parade* de la semana y los nuevos estrenos musicales. Pasamos tan agradable que se nos olvidó el propósito de nuestra visita: buscar trabajo.

—Feliz fin de semana, muchachos —nos dijo cuando nos despedimos en la recepción.
—Por aquí, a sus ordenes —concluyó Merchán.

El lunes por la mañana nuestras arcas estaban vacías y en cuestión de horas teníamos que salir del hotel; estábamos en una situación crítica que no sabíamos como afrontar.

Bastante preocupados, nos sentamos en una de las salas de espera de la lujosa recepción del hotel Di Lido. La gente, vestida a la moda, pasaba frente a nosotros como sombras; varias lámparas de Baracat le daban al ambiente un toque de exuberante elegancia; al fondo, cerca de un pasillo donde estaban los ascensores, se destacaba un *póster* iluminado en neón que decía: Welcome to The USA.

—¿Y ahora qué hacemos? —me reclamó Gilberto ansiosamente.

—No sé hermano. Hablemos con el portero. ¿Te parece?

Abordamos a un señor como de 50 años que resultó ser como el ángel de nuestra guarda. Le contamos nuestra historia con pelos y señales; al final nos recomendó:

—Cuando tengan hambre vayan a The Salvación Arma... Para dormir, les recomiendo una iglesia ubicada en el centro de la ciudad que tiene un refugio de paso llamado La hermandad y el amor.

Dejamos las maletas con el conserje y nos fuimos a conocer el refugio. El guardia de seguridad nos informó que solo abrían hasta las ocho de la noche. Entretanto, fuimos a la radio de Omar Merchán y no lo encontramos. Tenía el día libre.

Para ahorrarnos el dinero del bus nos fuimos caminando por la avenida Venetian Causeway de regreso a Miami Beach. Habríamos avanzado medio kilómetro cuando vi una muchacha muy bonita en un paradero de buses; era bastante guapa. Aunque seguimos de largo, cada diez pasos volteaba a verla pues sentía un intenso deseo de regresar a saludarla, tanto, que le comenté a Gilberto:

—Esa muchacha esta muy bella, regresemos y hablémosle.

—No, caminemos más bien que falta mucho para llegar al hotel —me contestó con un poco de mal genio.

—Si quieres, sigue que ya te alcanzo —le comenté, y me regresé. Fonseca dudó un poco, avanzó unos metros y también regresó.

—¿Hola, cómo estas? ¿Cómo te llamas?

—Judy ¿and you?

—Armando... Él es Gilberto...

—Nice meeting you —contestó. A partir de ese momento la conversación fue una mezcla de inglés, español y señas.

A Judy le contamos nuestra historia, pero le agregué una mentirilla piadosa que le abrió el corazón:

—Me robaron la billetera en el centro de Miami con más de cuatrocientos dólares en efectivo. Somos periodistas de cine y “así sea en bicicleta” haremos todo lo que sea posible para llegar a Hollywood.

—Oh, my God...tomorrow Newspaper Miami Herald amigo mío habla spanish help usted señor.

Judy escribió en una tarjeta: Mario García y un número telefónico.

Cuando llegó el bus, Judy se despidió con una linda sonrisa. Esa mujer se fue dejándonos un halo de esperanza y un bello sentimiento de gratitud.

Hacia las siete y media de la noche regresamos al refugio de paso de La hermandad y el amor. En los alrededores deambulaban numerosas personas de mal aspecto, algunas con mochilas al hombro, otras empujando carros metálicos, como los de los supermercados. Frente a la entrada principal estábamos medio centenar de hombres y mujeres, casi todos, con la misma expresión de cansancio y tristeza en el rostro.

Cuando ingresamos al dormitorio Gilberto me miró con ira, como queriendo culparme por la situación tan desagradable que estábamos viviendo. Eran dos inmensos salones con varias hileras de camarotes metálicos de doble piso; sobre cada cama había una sábana, una almohada y una toalla mediana. El baño era un espacio abierto, lleno de duchas, orinales, sanitarios, espejos y dispensarios de papel higiénico, jabón y champú; todos teníamos que hacer nuestra higiene personal y otras necesidades frente a los demás.

Solo se permitía la entrada hasta las nueve de la noche y la levantada sería en punto de las seis, pues una hora más tarde cerraban las instalaciones.

Aunque el sitio era limpio, varias personas a nuestro alrededor dejaban mucho que desear en su aspecto personal: algunos eran alcohólicos, drogadictos, vagabundos profesionales, desempleados, prostitutas, gente sin casa y ex presidiarios.

Los colchones eran delgados y descansaban sobre una malla con resortes que cedían ante el peso del cuerpo creando un arco irregular, por lo que amanecimos bastante cansados y con dolor de espalda. Tampoco pudimos conciliar el sueño: primero, por temor a que nos robaran nuestras pocas pertenencias y, segundo, porque toda la noche escuchamos un constante concierto de ronquidos y diferentes tipos de tos. De todas maneras, fuimos muy afortunados por no pasar la noche a la intemperie.

A las siete de la mañana fuimos al Salvation Army a desayunar: tomamos café con leche y *donuts*; era la primera vez que las probaba y me fascinaron. Creo que me comí por lo menos media docena antes de salir para las oficinas del periódico.

El periodista Mario García nos estaba esperando. Era un cubano que ya sabía de nuestras penurias por boca de Judy: ella le había comentado que necesitábamos unas bicicletas para continuar nuestro viaje hasta California, tema que le parecía curioso.

Mario nos invitó a una sala privada de conferencias donde revisó nuestros pasaportes y llamó a Radio Continental en Bogotá para comprobar que en efecto trabajábamos con Todelar. Luego, nos ofreció café y más *donuts*; y le pidió a Jay Spencer que nos tomara varias fotografías.

El jueves 15 de agosto de 1968 apareció el reportaje en la edición vespertina de The Miami Herald, conocida por esa época como The Miami News. El titular a cinco columnas decía: “Van hacia el Oeste, pero... no tienen bicicletas”. Debajo salió una fotografía a tres columnas en la que aparecíamos Gilberto y yo señalando en un mapa la ruta de nuestro viaje de costa a costa por Estados Unidos.

La historia de inmediato llamó la atención del recién posesionado jefe de Policía de Miami, quien aprovechó la ocasión para promocionarse, al decir que lamentaba lo que nos había sucedido y que a nombre de la ciudad nos entregaba dos bicicletas. El *sheriff* convocó a la prensa y frente a las cámaras de los canales locales nos entregó una cicla de turismo alemana, de tres cambios, para Gilberto, y otra cicla de carreras con diez cambios, para mí. Ese día, aparecimos en todos los noticieros de la ciudad y de la noche a la mañana nos convertimos en centro de atracción.

Un periodista del Canal 2 afiliado a NBC nos entrevistó en directo y nos dio su teléfono privado para que lo mantuviéramos informado de los pormenores de nuestro viaje. Por su parte, Omar Merchán nos entregó a nombre de sus oyentes unos cuantos dólares, dos pares de anteojos y una caja de herramientas para arreglar bicicletas.

Hasta ese momento no teníamos la más mínima idea en qué nos estábamos metiendo. Solo nos agradaba la forma como algunas personas reaccionaban:

—¿De Miami a Los Ángeles en bicicleta? ¡Oh. My God!

—¿Are you sure guys?

—Tengan cuidado con los carros.

La aventura comenzó el miércoles 22 de agosto de 1968 a las ocho de la mañana, cuando el director de noticias de la WFAB, La Fabulosa, Sergio Vidal Cayro, y el periodista cubano Tomás García-Fusté nos dieron la señal de largada frente a la sede de la emisora. Fue un momento muy emocionante, con aplausos y voces de aliento. Una oyente nos dio una bolsa con sánduches cubanos media luna, de jamón y queso, y algunas frutas; otra, nos regaló un crucifijo y cuatro botellas de agua. En la emisora dejamos algunas de nuestras pertenencias y el resto las acomodamos en la parte trasera de las bicicletas.

Tomamos la calle ocho del South West rumbo a la ciudad de Naples que queda al otro lado de la península del estado de la Florida. En media hora ya estábamos en las afueras de Miami, que por esos días terminaba en la Avenida 67, en los alrededores del aeropuerto internacional.

Pronto ingresamos a la carretera 41 que atraviesa una zona pantanosa conocida como Los Everglades: la carretera pavimentada era lo único firme en medio de las miles de fanegadas repletas de lodo, maleza, culebras, cocodrilos y otros reptiles peligrosos.

Hacia las nueve y media de la mañana ya nos había pasado la euforia de la salida: estábamos cansados, totalmente empapados en sudor y el sol comenzaba a hacer sus primeros estragos en nuestras blancuzcas piernas pues habíamos cometido el error de usar pantalonetas.

Paramos un buen rato en una pequeña isla de cemento que protegía unos transformadores eléctricos. El ambiente era de total soledad y a veces se escuchaba el aletear de algunos pájaros. De vez en cuando pasaban carros. El cielo era azul y hacía un calor desesperante.

Gilberto en un tono ligeramente agresivo me dijo:

—Uy hermano, esto está muy berraco.

—Fresco, es tan solo el primer día —le respondí, ocultando mi natural preocupación.

Sacamos un mapa de la Florida para saber cuánto habíamos avanzado. Estábamos cerca de Frog city, la ciudad de los sapos. Solo llevábamos doce kilómetros y aún faltaban ciento cuarenta para llegar a Naples y más de cinco mil para Los Ángeles.

Hacia las once de la mañana continuamos la travesía a paso lento y bajo una temperatura de 38 grados centígrados. El asfalto proyectaba una resolana infernal. A lo lejos, la recta parecía interminable y el vapor del calor formaba una capa de gases que hacía ver el horizonte borroso, como una ilusión óptica.

Pedalear se nos hizo cada vez más difícil, hasta que nos dimos cuenta que era imposible seguir transportando tanto peso, por lo que paramos para discutir qué era lo estrictamente necesario para llevar. Solo nos quedamos con un par de camisas, medias, pantalones e interiores; lo demás, con mucho pesar, lo tuvimos que botar a un caño del Tamiami Canal, nombre con el que también se conoce esa carretera de Miami a Naples.

Más tarde, cuando fuimos a almorzar, nos llevamos la desagradable sorpresa de encontrar los sánduches descompuestos por acción del calor, y, para empeorar la situación, la llanta delantera de la cicla de Gilberto se pinchó. Tratamos de arreglarla sin éxito y, al final, cicla al hombro, nos fuimos caminando hasta una bomba de gasolina que quedaba unos kilómetros más adelante, frente a la Reservación Indígena Miccosukee. Ahí gastamos nuestros últimos dólares en comida, el arreglo de la llanta y la compra de unas entradas para un espectáculo en el que unos indios desafiaban al ritmo de la música, los tenebrosos colmillos de unos feroces cocodrilos.

Cuando el sol bajó un poco, proseguimos nuestro viaje hasta una pequeña cabaña de madera en el área de Monroe Station. Era un restaurante de dos pisos construido en forma de pirámide a la que rodeaba un corredor de baldosín y protegía, en la parte de atrás, una cerca metálica que contenía la agreste vegetación de Los Everglades.

Arribamos como las seis y media de la tarde; solo había dos luces prendidas: una en la puerta principal, donde titilaba un aviso de neón en letras rojas que decía Closed, y otra, en la parte de atrás, que medio iluminaba el corredor.

No teníamos otro sitio mejor que ese para dormir. El baldosín era frío y nos ayudaba a refrescar nuestras rojizas y quemadas piernas que ya acusaban algunas ampollas. Al llegar la noche todo empeoró: miles de mosquitos prácticamente se robaron la luz de la bombilla dejando el corredor casi en tinieblas, mientras el croar de las ranas y otros animales salvajes se volvió más fuerte. Al principio, tratamos de espantar los moscos batiendo hojas de papel periódico; después, intentamos alejarlos con humo de cigarrillo hasta que agotamos una cajetilla de Marlboro; al final, exhaustos, vencidos y somnolientos, no tuvimos más remedio que entregarles nuestros cuerpos y nuestra sangre. Como a la media noche desperté a Gilberto. Estaba acostado en posición fetal con tres sapos gigantes sobre su cuerpo, uno de ellos encima de su cabeza. Fue tal la impresión que sentí cuando lo vi así, que esa imagen grotesca ha perdurado toda mi vida y viene a mi mente cada vez que escucho su nombre.

Creo que ésta ha sido la peor noche de mi vida, más desagradable aún que la que pasé durante la inundación en la Base Aérea de Apiay, cuando era cadete de la Escuela Militar, o la noche que dormí en una banca del parque Simón Bolívar en Armenia, cuando hacía Forjadores del Progreso.

Al otro día, una señora que hacía el aseo en el restaurante nos despertó para pasar el trapero en el área donde estábamos acostados. Teníamos el cuerpo adolorido y lleno de picaduras de mosquito; amanecimos de mal genio y fue la primera vez que intercambiamos algunas palabrotas con Gilberto.

A las siete de la mañana abrió el restaurante. Uno de los empleados fue muy compasivo y nos regaló café, tostadas y jugo de naranja; era evidente que no teníamos dinero y nos daba vergüenza pedir comida.

Continuamos nuestra ruta hacia Naples de manera bastante penosa; a cada pedaleo sentíamos un enorme tirón en la piel debido a las quemaduras del sol en las piernas, y, para acabar de completar, a mí me dolían las nalgas por el roce del asiento de la bicicleta. En ese segundo día de travesía nos tocó afrontar una peligrosa prueba de la madre naturaleza: una típica tormenta en el estado de La Florida. Hacia las primeras horas de la tarde, el cielo empezó a tornarse negro; las densas nubes fueron descendiendo hasta casi tocar el suelo. El viento fue tomando fuerza y, al rato, se nos hizo muy difícil avanzar. Pronto comenzaron a caer decenas de rayos con violentas ráfagas de luz blanca; el estruendo de los truenos se hizo cada vez más frecuente con un centelleo de nunca acabar. Muertos de miedo, sin saberlo, estábamos en la mitad de la región con más precipitación eléctrica del mundo.

Las primeras gotas de lluvia nos cayeron como maná del cielo: agua helada que nos llenaba de energía; era un obligado baño refrescante para nuestros olorosos cuerpos. De pronto, el chaparrón ganó tanta intensidad que nos era imposible ver a más de un metro de distancia. Empezó a caer granizo; algunos bloques de hielo eran del tamaño de un huevo. El piso se volvió blanco y resbaladizo. Una tracto mula pasó a nuestro lado, tan rápido, que nos vació una enorme cantidad de agua y la fuerza del viento que dejó fue de tal magnitud, que nos sacó volando de la carretera: milagrosamente no nos paso nada. Nerviosos y a la buena de Dios, paramos a la vera del camino hasta que amainó la tempestad.

La carretera quedó anegada con fragmentos de hojas, raíces y tallos. Sobre la última hora de la tarde, a lo lejos, distinguimos una chimenea de la que salía un largo hilo de humo blanco. Apretamos el paso hasta que llegamos a una pequeña casa que vendía comida caliente y tenía una especie de bar.

Realmente estábamos muy agotados cuando saludamos al dueño, un hombre de aspecto bonachón que nos reconoció de inmediato:

—¿Ustedes son los muchachos que van para Hollywood en bicicleta?

—Sí, señor —respondimos a dúo.

—Yo los vi en la televisión y en el periódico... Es un largo y peligroso viaje...

—Y muy difícil por la lluvia, los carros y el hambre... —interrumpí, insinuándole que nos regalara cualquier bocado.

El buen samaritano nos abrió su corazón y su casa. Nos abrazó citando algunos fragmentos de la Biblia, nos dijo que éramos sus invitados, nos llevó hasta una casa-apartamento que quedaba detrás de su negocio y nos regaló camisetas blancas recién planchadas. Luego, nos preparó dos exquisitas y gigantescas hamburguesas de carne y queso que se esfumaron en segundos al igual que varias tazas de té.

El hombre se sentía orgulloso de tenernos como sus huéspedes y así se lo hizo saber a sus clientes:

—¡Hey, muchachos, estos son los famosos ciclistas que van para California! Él me sugirió que les mostrara el artículo del Miami Herald. Los gringos leían un poco del reportaje y luego exclamaban:

—It's a looong ride!

Algunos nos miraron como bichos raros, otros nos hicieron algunas preguntas. Antes de irse, varios nos regalaron una cuantas monedas; todos se despidieron con la misma frase:

—Good Luck, guys.

En esa oportunidad me di cuenta que mostrar la publicación del periódico convocaba ese espíritu de caridad que todos llevamos dentro. De hecho, esa noche íbamos a dormir como lirones, entre sábanas blancas y colchas tan suaves como copos de algodón.
